

las plazas de Thionville, Gravelines, Mardick, Armentieres, Courtray y Dunkerque. Nuestros generales, Melo, Fuensaldaña, Piccolomini, Carmona y Bech, no eran hombres que pudieran competir con Orleans, Condé, Gassion, Chatillon y Rantzau; ni el archiduque Leopoldo de Austria fué el sustituto que se necesitaba en el gobierno de Flandes para reemplazar al cardenal infante de España. Los Países Bajos amenazaban acabar de perderse.

Con languidez vergonzosa se arrastraba la guerra de Portugal, reducida á irrupciones asoladoras, y á tentativas reciprocas, de los castellanos sobre Olivenza, de los portugueses sobre Badajoz. Las fuerzas de Castilla estaban casi todas en Cataluña, donde alternaban entre triunfos y reveses, merced á las disidencias y al disgusto que entre los pocos buenos generales que aun quedaban produjo el nuevo favoritismo á que se había entregado el rey, retirándose desazonados los que habían sabido vencer, y dirigiendo la campaña los que en otros países no habían sabido triunfar. Y cuando habría podido sacarse gran provecho de la reacción que en el espíritu de los catalanes se estaba obrando en contra de la Francia y en favor de Castilla, sobrevienen las insurrecciones de Sicilia y de Nápoles, y con ellas la necesidad de desmembrar el no robusto ejército de Cataluña para apagar el fuego que por aquella parte ardía voraz é imponente.

Las rebeliones de Sicilia y de Nápoles fueron producidas por causas semejantes á las de Cataluña y Portugal: acá por la imprudencia y el mal gobierno del rey y su ministro, allá por las tiranías y las concusiones de los vireyes, acá y allá por la multitud de exacciones y tributos arrancados á los agobiados pueblos para atender á tantas guerras funestas y ruinosas, y para enriquecerse á la sombra y so pretexto de ellas ministros, vireyes y gobernadores. Cierta que en la península española como en la italiana soplaban el francés la discordia y atizaba la rebelión. Pero al modo que Cataluña y Portugal se hubieran alzado aun sin las intrigas de Richelieu, Sicilia y Nápoles se habrían rebelado tambien aun sin ser movidas por Mazarino. Revoluciones en que se alzaban tantas poblaciones y tantos hombres no podían menos de ser populares. En todo el reino de Sicilia solo la ciudad de Mesina se mantuvo fiel á España: en sola la ciudad de Nápoles llegaron á ponerse en armas ciento veinte mil hombres. ¿Cómo, si aquellos alzamientos no hubieran sido populares, habrían podido llegar á dominar en capitales tan populosas hombres de tan baja extracción como un calderero y un vendedor de pescado? ¿Qué degradación la de nuestros vireyes! ¿Qué transacciones tan bochornosas, la del marqués de los Velez con José Alecio, la del duque de Arcos con Masaniello! ¿Quién habría podido reconocer en aquellos dos degenerados magnates los sucesores del gran don Pedro Tellez Giron, duque de Osuna?

Sofocóse la insurrección de Sicilia merced á los señores y barones del país que la combatieron. Tenaz y sangrienta fué la de Nápoles. Despues de mil escenas de horror, de desolación, de estragos, de muerte y de exterminio, aquella rica y bella conquista de los monarcas españoles estuvo ya muy cerca de perderse ignominiosamente para España. A imitación de Cataluña, Nápoles aspiró á hacerse independiente, proyectó erigirse en república, y concluyó por entregarse á un francés, descendiente de la antigua casa de Anjou. Por fortuna la elección de los insurrectos fué para ellos desacerada. Si el duque de Guisa no hubiera sido un presuntuoso, que comenzó portándose con imprudencia para acabar conduciéndose con cobardía, la insurrección habría triunfado. Como gobernador, cansó y descontentó á los napolitanos, como guerrero no supo resistir á las tropas españolas. Hecho prisionero en Capua, y traído al alcázar de Segovia, fugóse de la prision, pero alcanzado en Vizcaya, fué de nuevo encerrado en ella. El que había sido imprudente en Nápoles, cobarde en Capua y desleal en Segovia, obró despues como un ingrato para concluir su carrera como traidor. Bien hicieron la reina Ana de Austria y el ministro Mazarino en no proteger la dominación del de Guisa en Nápoles, aun con ser príncipe francés, y España fué la que recogió el fruto de aquel desvío.

Debióse, pues, la recuperación de Nápoles á las locuras de Masaniello, al desenfreno y la versatilidad del populacho, á la presuntuosa arrogancia del de Guisa, á las rivalidades entre la regente y el ministro de Francia con la casa de Lorena, al oportuno socorro que llevó don Juan de Austria, y al reemplazo del indiscreto y desconceptuado duque de Arcos por el acreditado y hábil conde de Oñate. El joven de Austria, hijo bastardo de Felipe IV, comenzó allí su carrera, obrando con una firmeza, con una cordura y un tino que hizo concebir esperanzas de que en los hechos como en el nombre habría de ser un trasunto del bastardo de Carlos V. Esta ilusión desapareció despues. El de Oñate pecó de severo y rudo en el castigar, y tanto regó aquel suelo de sangre, que faltó poco para que volviera á brotar la insurrección.

El tratado de Westfalia puso término á la guerra de los Treinta años en el imperio alemán, y á la lucha de ochenta años entre España y las provincias disidentes del País Bajo. ¡Ochenta años de continuo pelear! ¡Ochenta años de consumir tesoros y hombres para acabar por reconocer la independencia de aquellas provincias! Y sin embargo, aquella paz fué recibida y celebrada con júbilo en Madrid. ¿Qué había de hacerse ya? Quebrantado el poder de España en Flandes, enflaquecido en Italia, anulado en Portugal y vacilante en Cataluña, la paz de Westfalia, si bien ponía de manifiesto nuestra flaqueza á los ojos de Europa, daba al menos un respiro para atender á las dos guerras que ardían simultáneamente en dos extremos de nuestra propia península.

Lo único en que Felipe IV y don Luis de Haro obraron con algun talento fué en atizar las discordias que luego agitaron la Francia, fomentando las guerras llamadas de la *Fronde*. Lograron ver al temible Mazarino objeto allá del odio popular, como acá lo había sido el de Olivares: abatirle y ensalzarle alternativamente los partidos: desterrarle los unos del reino, los otros darle mas ascendiente y poder: en peligro estuvo su cabeza, y á milagro pudo tener salvarla. Los mas famosos generales franceses abandonaron la causa del rey, y emigraron á Flandes á tomar partido en favor de España: algunos nos dejaron para volver á ser realistas de Luis XIV, pero el gran Condé permaneció constante aliado y auxiliar perseverante del rey Católico y del archiduque gobernador de Flandes contra el Cristianísimo de Francia, su soberano. Magnífica ocasión para reponerse España de sus pasados reveses y pérdidas, á no haberle contrariado dos fatalidades. De la una culpamos á la torpeza política de nuestra corte; la otra no podía ser remediada. Fué la primera no haber sabido el de Haro ni nuestros embajadores en Londres convertir en provecho de España la revolución de Inglaterra: mas hábil ó mas afortunado que ellos el cardenal Mazarino, acertó á decidir á Cromwell en favor de la Francia, y el terrible protector envió tropas inglesas á Flandes contra nosotros, y naves inglesas contra nuestras Antillas, se apoderó de la Jamaica, amagó á Méjico, Cuba y Tierra Firme, y nos apresó galeones, hombres y dinero.

Fuó la segunda fatalidad, que el joven Luis XIV, el que al cumplir su mayor edad entró en el parlamento con un látigo, símbolo de la monarquía absoluta que iba á establecer, entró tambien en los Países Bajos espada en mano, símbolo de su belicoso espíritu, y de sus aspiraciones á dominar la Europa con las armas. No era menester mas que un rey del temple de Luis XIV, que presenciaba todos los sitios de las plazas, y hacia las campañas como un soldado, para augurar la suerte que habían de correr nuestros ya harto cercenados dominios de Flandes. Don Juan de Austria y Condé habían sido afortunados delante de Valenciennes, pero despues perdimos nuestro ejército en las Dunas, sitio tan fatal para nuestros tercios de Europa como lo habían sido los Gelbes para nuestras tropas de Africa; y así como la Holanda nos había llevado antes toda la parte septentrional de los Países Bajos, la Francia nos arrebató despues la parte meridional del Brabante, del Artois y del Henao.

Barcelona, y casi todo el principado de Cataluña, volvieron á la obediencia del rey de Castilla á los trece años de una guerra sangrienta y tenaz, y volvieron mas por odio á los franceses que por afición á los castellanos. Sin rebajar el mé-

rito del marqués de Mortara y de don Juan de Austria en el sitio de Barcelona que produjo su rendición, de cierto no habría sido fácil, dado que fuera posible, sujetar al Principado, á no haber precedido el grito popular de «mueran los franceses!» Tan abominablemente se habían estos conducido, tales habían sido sus tiranías, atropellos, vejaciones, desafueros y liviandades, que les pareció á los catalanes cien veces mas soportable y preferible la dominación de Castilla que habían sacudido, que el yugo francés á que se habían sujetado, y aquel pueblo altivo y fiero se irritó mas contra los nuevos tiranos por lo mismo que los había invocado como libertadores. La ingratitude de la Francia al pueblo catalán fué horrible; así el odio que quedó en Cataluña al pueblo francés fué tan profundo que duró todo el resto de aquel siglo y gran parte del otro. Discreto y político, como no tenía de costumbre, anduvo Felipe IV de Castilla en confirmar á los catalanes sus fueros tan luego como se sometió Barcelona.

Menester es conocer el tesón y la tenacidad de los naturales de aquella provincia para no sorprenderse de la pertinacia y temeridad de algunos catalanes, que no obstante la sumisión general del Principado llevaron su espíritu de rebelión al extremo de seguir ayudando á la Francia á mantener todavía la guerra en su territorio por otros seis años. Fué necesario un tratado de paz general para que las armas francesas evacuaran el suelo catalán, que por cerca de veinte años habían estado asolando.

Afrentoso era lo que entre tanto pasaba por las fronteras de Portugal. Tan raquítica y miserablemente se había hecho la guerra por aquella parte, que se celebró como hazaña y se solemnizó como suceso próspero haber rendido á Olivenza á los diez y siete años de lucha y despues de cien tentativas frustradas. En cambio á poco tiempo de esto se vió la corte de Castilla consternada, el rey abatido, los ministros azorados, asustados los consejos, encendida en vergüenza y ardiendo en ira toda la población. ¿Por qué tanto aturdimiento y espanto? Porque un general portugués estaba á punto de apoderarse de Badajoz, la plaza mas importante de la Extremadura española. La nación conquistadora de tantas regiones é imperios se veía invadida y temía ser dominada por el diminuto reino lusitano, poco há provincia suya. Hicieron tales esfuerzos como si se tratara de una empresa gigantesca, y el primer ministro y favorito del rey se vió precisado á trocar los goces de la corte y los artesonados salones del régio alcázar por el estruendo y las fatigas del campamento militar. Por fortuna el portugués abandonó el sitio de Badajoz antes que llegara don Luis de Haro. Pero debió creer sin duda el sucesor y heredero de los títulos y del favor de Olivares que era lo mismo atacar una plaza que recibir un embajador, y librar un combate al enemigo que dar un consejo al rey; porque solo así se explica la confiada arrogancia con que penetró en Portugal y puso sitio á Elvas contra el dictámen del veterano San German: ¿para qué? para presenciar la batalla desde punto donde no podían alcanzarle las puntas de las lanzas, ni siquiera el humo de los mosquetes, y huir azoradamente á uña de caballo despues de haber perdido un ejército y olvidado con la prisa hasta los papeles de la cartera ministerial. Y todavía le llamó Felipe IV á su corte y le mantuvo en su real privanza. Hizo mas; que fué escogerle y enviarle, no solo como el hombre de su mayor confianza, sino como el mas hábil negociador político, á la isla de los Faisanes, á conferenciar con Mazarino sobre la paz general de que ya entonces se trataba.

La paz de los Pirineos, tan humillante como fué para España, no era sino una natural y precisa consecuencia de la diversa situación en que se encontraban las dos potencias contratantes. Fué la promulgación oficial de la pujaña francesa y de la decadencia española formulada en capítulos. Fué lo que no podía ya menos de ser. La política de Felipe II dejó á Felipe III la necesidad de la tregua de doce años; aquella tregua hacia presentir el tratado de Westfalia; y tras la paz de Munster no era difícil augurar la paz del Bidasoa. Los tres tratados fueron sucesivamente la expresión de la debilidad, de la flaqueza, y de la impotencia á que gradualmente iba viniendo España. Esto tenía que suceder con monarcas como

Felipe III y Felipe IV y con ministros como el de Lerma, el de Olivares y el de Haro, en pugna y competencia con soberanos como Luis XIII y Luis XIV, con ministros como Richelieu y Mazarino. Esto tenía que acontecer, vista la superioridad de los generales franceses Turenna, Condé, Crequi, Grammont, La Motte, Luxemburg y Schomberg, sobre los generales españoles marqueses de los Balbases, de los Velez, de Pobar, de Leganés, de Aytóna, de Caracena, y sobre el mismo don Juan de Austria. Si ya el tratado de Westfalia había sido una necesidad, quebrantado, como dijimos, el poder de España en Flandes, enflaquecido en Italia, anulado en Portugal y vacilante en Cataluña, ahora que Felipe se veía abandonado del emperador con ingratitude inaudita, que los príncipes de Saboya habían cambiado la alianza española por la francesa, que nos había faltado el auxilio del lorenés, que la flor de nuestras posesiones de Flandes y de la India se habían repartido entre holandeses, ingleses y franceses, que el Rosellon había dejado de pertenecernos, que las quinas portuguesas abatian el león de Castilla, que en Cataluña luchábamos débilmente contra la Francia, ¿qué había de hacer Felipe IV sino aceptar la paz de los Pirineos con las condiciones que quisiera dictar el vencedor?

Una de ellas, la del matrimonio de la infanta María Teresa de España con Luis XIV fué sin duda la cláusula en que contrastaron mas la astucia y la doblez del ministro de Francia, la nobleza y buena fe del que ellos llamaban «un cumplido caballero español.» Con anticipado cálculo y con propósito para lo futuro la propusieron y estipularon Luis XIV y Mazarino; sin prever que con el tiempo había de costar sangrientos litigios su interpretación, la acordaron y suscribieron el ministro y el rey de Castilla. Luis XIV despues de abatir la España quiso cimentar su futura dominación sobre ella. El cimiento fué la cláusula matrimonial de la paz de los Pirineos. La muerte de Mazarino precedió poco tiempo á la del marqués del Carpio, como la de Richelieu había acontecido poco antes de la caída y de la muerte del conde de Olivares. Los dos favoritos del rey de España no sobrevivieron á los dos ministros cardenales de Francia sino lo necesario para conocer y llorar lo cara que al reino había costado su rivalidad con quienes tanto los habían aventajado en talento.

Portugal no había sido comprendido en el protocolo de los Pirineos, pero se estipuló que Francia no le daría auxilios. Díoselos sin embargo Luis XIV muy eficaces. Esta fué una iniquidad de la Francia muy fatal á Castilla. A pesar de esto, Portugal debió ser reconquistado; porque ningún otro punto nos quedaba ya á qué atender; allí pudimos concentrar nuestras fuerzas. Favorecíanos el ser el nuevo monarca portugués un joven licenciado, un calavera, un libertino de la peor especie, desconceptuado entre los extraños y aborrecido de los suyos. Pero faltaba á Felipe IV sufrir la última amargura, y á España la última afrenta con el resultado de esta postrera campaña.

Don Juan de Austria fué en Portugal como en Flandes afortunado en el principio y desgraciado despues. Rindió muchas plazas y llevó el espanto hasta Lisboa: tomó á Evora para ser luego derrotado en Amejal, donde se portó como mal general, y peleó como buen soldado. Pero al menos en Amejal se salvó la honra y la fama del valor castellano: no así delante de Castel-Rodrigo, donde la gente que acudillaba el duque de Osuna, hijo degenerado del gran don Pedro Tellez Giron, no recogió en su cobarde huida sino baldon y vituperio. Ambos generales fueron bien separados. Como un remedio heróico se hizo venir de Flandes al marqués de Caracena, que prometió con presuntuosa arrogancia marchar en derechura á Lisboa, y conquistar todo el reino con la rapidez de un César. Al poco tiempo el soñador de tan rápida conquista comunicaba al rey desde Badajoz el desastre que había sufrido en Villaviciosa, donde se consumó la ruina militar de España, y aseguró Portugal su independencia. La poderosa monarquía de Carlos V y de Felipe II, la nación á cuyo nombre y ante cuyas banderas había temblado el orbe entero, despues de agotar todos sus recursos acabó por ser anonadada en Villaviciosa por un puñado de portugueses. El infortunio de Villaviciosa fué el resumen de un siglo entero de política infausta,

consumido en empresas temerarias y ruinosas; fué el fruto y como el compendio de los errores y de los desaciertos de tres reinados.

Felipe IV, no obstante la resignación religiosa con que exclamó: *¡Dios lo quiere, cúmplase su voluntad!* no pudo resistir aquel golpe, y sucumbió de pesadumbre. Bajó pues á la tumba, dejando la monarquía menguada de reinos, despoblada de hombres, agotada de caudales, desprovista de soldados, extenuada de fuerzas, desmoralizada, abatida y pobre dentro, menospreciada y escarnecida fuera.

«Hallábanse, dice un escritor contemporáneo, los reales erarios, sobre consumidos, empeñados; la real hacienda vendida; los hombres de caudal unos apurados y no satisfechos, y otros que de muy satisfechos, lo traían todo apurado; los mantenimientos al precio de quien vendía las necesidades; los vestuarios falsos como exóticos; los puertos marítimos con el muelle para España y las mercaderías para fuera, sacando los extranjeros los géneros para volverlos á vender beneficiados; galera y fletes pagados á costa de España, pero alquilados para los tratos de Francia, Holanda é Inglaterra; el Mediterráneo sin galeras ni bajeles; las ciudades y lugares sin riquezas ni habitantes; los castillos fronterizos sin mas defensa que su planta, ni mas soldados que su buen terreno; los campos sin labradores; la labor pública olvidada; la moneda tan incurable, que era ruina si se bajaba, y era perdición si se conservaba; los tribunales achacosos; la justicia con pasiones; los jueces sin temor á la fama; los puestos como de quien los posee habiéndolos comprado; las dignidades hechas herencias ó compras; los honores tan vendidos en pública almoneda, que solo faltaba la voz del pregonero; letras y armas sin mérito y con desprecio; sin máscara los pecados y con honor los delitos; el real patrimonio sangrado á mercedes y desperdicios; los espíritus apagados á la vil tolerancia, ó á la violenta impaciencia; las campañas sin soldados, ni medios para tenerlos; los cabos procurando vivir mas que merecer; los soldados con la precisa tolerancia que pide traerlos desnudos y mal pagados; el francés, como victorioso, atrevido; el emperador defendiendo con nuestros tesoros sus dominios; y finalmente, sin reputación nuestras armas; sin crédito nuestros consejos; con desprecio los ejércitos, y con desconfianza todos.»

¿Qué dejaba Felipe IV, cuando descendió á la tumba, para remediar tan hondos males? Una reina regente, alemana, caprichosa, soberbia, dominante, y enemiga de España; muchos hijos bastardos (1), y un solo hijo legítimo, niño endeble, enfermizo, pusilánime, á propósito para dejar caer el reino en mayor prostración.

Pero este reinado tan desastroso en lo militar, tan funesto en lo político, tan miserable en lo económico y tan vituperable en lo moral, señalóse en una de las glorias mas apreciables de un pueblo, la gloria artística y literaria. No hubo, es verdad, ni grandes filósofos, ni políticos profundos, ni publicistas distinguidos; y gracias que alguno alcanzó no comun reputación de pensador y escritor entendido, en medio de la compresión que ejercía sobre las inteligencias en estos ramos del saber el severo tribunal del Santo Oficio, y del aislamiento en que vivía España del movimiento intelectual europeo desde Felipe II. En cambio florecieron y brillaron multitud de ingenios en el campo libremente cultivado de las bellas letras y de las artes liberales, y siempre se recordarán con deleite y se verán con admiración los delicados pensamientos del fe-

(1) Hacemos mérito de esta circunstancia, para que se vea con cuánta razón hemos hablado de la vida desenvuelta, dispada y licenciosa del rey, ejemplo funesto de inmoralidad, y causa grande de abandono en el gobierno del Estado. Cuéntase pues entre los hijos bastardos de don Felipe, además del conocido don Juan de Austria, otro don Francisco de Austria, que murió de edad de ocho años; doña Margarita, monja que fué en la Encarnación de Madrid; don Alfonso de Santo Tomás, obispo de Málaga; un don Carlos ó don Fernando Valdés, general de artillería en Milán; don Alonso de San Martín, obispo de Oviedo; y don Juan Corso, llamado fray Juan del Sacramento, que se hizo predicador célebre. El reconocimiento de don Juan de Austria le hizo á instigación del conde-duque de Olivares, que tampoco tenía hijos legítimos, y deseaba que el rey diese el ejemplo para reconocer él á un bastardo que también tenía, y se llamaba Julian Valcarcel, y fué después don Enrique Felipe de Guzman.

cundo Lope, las maliciosas agudezas de Tirso, las lozanas galas de Calderon, los sutiles, aunque extravagantes conceptos de Góngora, las amargas sales de Quevedo, las delicadas rimas de Rioja, así como los inspirados y encantadores cuadros de Velazquez, las grandiosas y sencillas obras de Cano, las excelentes y atrevidas de Zurbarán, y las dulces y maravillosas creaciones de Murillo.

Ni faltaban todavía hombres doctos, y muy enteros en sostener con firmeza las regalías de la corona en las competencias y negocios de las jurisdicciones eclesiástica y real. Monarcas tan piadosos como Felipe III y Felipe IV, que consagraron tantos esfuerzos y trabajaron con tanto ardor á fin de que se declarara dogma de fe el misterio de la Inmaculada Concepción de la Virgen, reclamaban de Su Santidad, á consulta de consejeros de ciencia y de ánimo firme, la libertad de opinar en materias de jurisdicción, y que no rigieran en España las declaraciones de la Congregación del Índice, ni se estimaran las prohibiciones publicadas por el Nuncio contra las obras y escritos en que se defendían las prerogativas del poder real (2).

Mas ¿cómo podían sostenerse estos arranques de dignidad nacional? ¿Cómo habían de seguir sustentándose con entereza estos saludables principios de derecho público? ¿Cómo habían de poder conservarse la gloria de las letras y el lustre de las artes en medio de la abyección general? Imposible que sobrevivieran al universal marasmo. Y á la muerte del cuarto Felipe el genio de las letras y el genio de las artes debieron avergonzarse de la corrupción en que con rapidez tan lastimosa habían caído.

IV

Reinado de Carlos II.—El P. Nithard: la reina madre: Valenzuela: don Juan de Austria.

¿Quién puede determinar nunca cuál es el último grado de la escala del engrandecimiento de un imperio, y quién puede decir: «este es el postrer escalon de su decadencia, y de aquí no descenderá ya mas?» Por precipitada y rápida que esta sea, las naciones que han llegado á ser muy poderosas tienen una distancia necesaria que recorrer desde la cumbre de su grandeza hasta el abismo de su ruina. Por eso la caída de los grandes imperios se asemeja siempre á un estado de agonía mas ó menos prolongada y lenta. Por eso tambien, aunque en los últimos tiempos de Felipe IV parecía haber llegado la monarquía de Carlos V al último periodo de su cainiento, todavía le faltaba venir á mayor prostración. No podía ni pronosticarse ni esperarse otra cosa de los elementos que quedaban dominando á la muerte de aquel monarca.

En nuestro discurso preliminar habíamos dicho: «Un rey de cuatro años, flaco de espíritu y enfermizo de cuerpo, una madre regente caprichosa y terca, toda austriaca y nada española, entregada á la dirección de un confesor alemán y jesuita, inquisidor general y ministro orgulloso; con un reino ex-

(2) Quedó un testimonio solemne y honroso de las ideas que aun en aquellos tiempos de abatimiento sostenían los españoles doctos en tales puntos, en el célebre Memorial que á nombre del rey Felipe IV presentaron al papa Urbano VIII en calidad de embajadores extraordinarios el obispo de Córdoba don Fr. Domingo Pimentel y el consejero de Castilla don Juan Chumacero sobre abusos de la Nunciatura y de la Dataría de Roma, sobre provisiones de beneficios, sobre jurisdicción de los obispos españoles, sobre creación de Rotas, compuestas de ministros de España, y otros diferentes puntos de disciplina. Este famoso Memorial, aunque no surtió todo el fruto que se deseaba, produjo no obstante una especie de concordato muy favorable á España, y fué como la base y el principio de la doctrina llamada regalista que con tanto tesón, firmeza y dignidad sostuvieron los españoles mas eminentes del siguiente siglo.

El título de este célebre opusculo era: «Memorial de S. M. C. que dieron á nuestro muy Santo Padre Urbano Papa VIII don fray Domingo Pimentel, obispo de Córdoba, y don Juan Chumacero y Carrillo, de su Consejo y Cámara, en la embajada á que vinieron el año de 633, incluso en el otro que presentaron los reinos de Castilla juntos en cortes el año antecedente, sobre diferentes agravios que reciben en las expediciones de Roma, de que piden reformation: con la respuesta de Monseñor Maraldi, y la réplica de los mismos embajadores.» Este célebre documento, impreso en aquel mismo siglo, se reimprimó en Vitoria en 1842.

tenuado y un enemigo tan poderoso y hábil como Luis XIV, ¿qué suerte podía esperar á esta desventurada monarquía?»

Nada mas natural que el aborrecimiento del pueblo español á la reina regente y al confesor Nithard, y que este pueblo volviera los ojos al hermano bastardo del rey: porque al fin don Juan de Austria, con no ser ni un genio para la guerra, ni una capacidad para el gobierno, ni un ejemplo de virtudes, ni un dechado de personales prendas, era la persona de mas representación que habia quedado en España; y por su buena edad, y por los cargos que habia desempeñado, y por ser hijo de rey, y por enemigo de la reina madre y del inquisidor alemán, y como apreciado de la grandeza, parecia el único que pudiera reanimar la monarquía y sacarla de su desfallecimiento y de su letargo. ¿Cómo correspondió don Juan de Austria á estas esperanzas del pueblo?

Firme y enérgico se mostró en un principio en su lucha con la reina y con el confesor, prefiriendo el destierro de Consuegra al gobierno de Flandes; constituyéndose en vengador del infame suplicio de Malladas, y de la ruidosa separación de Patiño; proclamándose el reparador de los escándalos de la corte; haciéndose el jefe natural del partido español contra las influencias austriacas, y el eco del odio popular á la madre del rey y al jesuita alemán su favorito. Su carta á la regente desde Consuegra al huir de la prisión que le amenazaba, revelaba un hombre de corazón y de nervio, lleno de justo enojo, capaz de grandes y atrevidas resoluciones, y decidido á ejecutarlas. Cuando luego se vió al fugitivo de Consuegra partir de Barcelona con gruesa escolta en dirección á la corte, ser recibido con aclamaciones en Zaragoza, allegarse allí nueva gente de armas, acercarse en esta imponente actitud á tres leguas de Madrid, y exigir imperiosamente desde Torrejon la pronta salida de España del P. Nithard, intimidóse la reina, esperanzáronse sus amigos, turbáronse sus contrarios, y temieron otros, y creyeron todos que era hombre capaz de trastornar el gobierno y erigirse en árbitro de la monarquía.

Salió, pues, de España el confesor jesuita, beñado y escarnecido, y casi apedreado del pueblo, sin pena de los mismos jesuitas españoles, y solo llorado de la reina. Como rival y enemigo del inquisidor, ha triunfado el bastardo príncipe; se ha vengado, ha satisfecho su amor propio. Como hombre de gobierno, exige reformas y economías; la reina le teme, accede á todas sus pretensiones, inclusa la creación de la *Junta de Abivios*, y le asegura su cumplimiento con la garantía del papa. ¿Qué faltaba á don Juan para hacerse dueño del reino, regirle á su placer, dirigir al rey menor, y llenar las esperanzas y deseos que generalmente se habian en él fundado? Amigos y enemigos, en gran número aquellos, en corto estos entonces, todos le estaban viendo entrar en Madrid, y la corte se hallaba en una angustiada expectativa. Pero vióse con sorpresa al hombre amañador y exigente de Torrejon retroceder primero á Guadalajara, retirarse despues mansamente á Zaragoza, y quedar mandando sin contradicción la reina madre. ¿Qué fué lo que produjo tan súbito cambio en don Juan de Austria? El príncipe para cuya ambición parecia no bastar un cetro, que se habia presentado como un Aníbal á las puertas de Roma, dió por satisfecha su vanidad con el vireinato de Aragon, besó humildemente la mano de su real enemiga, y regresó dócil á regir una provincia de la monarquía española en nombre de la reina alemana.

Si él creía en el horóscopo de Flandes, y el horóscopo de Flandes le habia avivado la ambición, anunciándole que estaba destinado para grandes cosas, ¿qué le impidió intentar un golpe de mano sobre Madrid, y acaso aprovechar la ocasión de ver cumplido el vaticinio astrológico? Apoyábase el favor popular; Cataluña y Aragon le guardaban la espalda; aclamado habia sido en su viaje; favorecía la opinión de los consejeros, de las ciudades y de los prelados á quienes se habia dirigido; eran sus amigos la mayor parte de los nobles; el papa y su nuncio no eran afectos á la regente; el confesor salió desterrado; llena de espanto estaba la reina; sin tropas de guarnición la corte; y la guardia *Chamberga* que se creó para resistirle, se organizó trabajosamente y con universal repugnancia. Con tantos y tan propicios elementos no tuvo reso-

lucion don Juan para penetrar en la corte, librar á España del aborrecido gobierno de la regente, y ser proclamado como libertador del reino; y prefirió volverse á Aragon á gestionar desde allí con el papa para que privara al jesuita Nithard de los títulos y empleos que aun conservaba, en vez de darle el capelo que pretendía. Semejante conducta daba la medida de los pensamientos y de la capacidad del de Austria. ¿Podía este hombre ser el regenerador de la desfallecida monarquía?

Casi no habia aun fijado su planta don Juan en Aragon, cuando ya campeaba en palacio un sucesor del P. Nithard en favor y en la privanza de la reina. Este no era ni religioso, ni confesor, ni inquisidor, ni jesuita. Era un joven aventurero, agraciado, decididor, resuelto, galante, poeta, que de paje de un grande habia pasado sucesivamente á adlátere del confesor, á galanteador de una camarista, y á confidente de la reina. La nueva privanza creció y se mantuvo llevando el favorito y oyendo la regente los chismes, las murmuraciones y las intrigas de la corte contra la madre del rey. El título de *Duende de Palacio* fué el primero con que bautizó la voz popular al joven Valenzuela por su habilidad en ejercer esta especie de indigno espionaje. Hasta los valimientos degeneraban ya, y se iban degradando.

Vióse luego al *Duende* subir rápidamente á introductor de embajadores, á primer caballero, á marqués de San Bartolomé de Pinares, á caballero mayor, á primer ministro, á marqués de Villasierra, á grande de España, á embajador de Venecia, á general de la costa de Andalucía, á todo lo que quiso y podía ser encumbrado. Si al menos el improvisado poderoso hubiera guardado los deberes del decoro, y las prescripciones del recato y del pudor! Pero aquellas divisas de que hacia jactancioso y pueril alarde en los torneos, aquellos lemas de los *Amores reales* y de *Yo solo tengo licencia*, motes mas imprudentes que verdaderos, ¿qué habian de producir sino pasquines como el de *Esto se vende*, y *Esto se da*, señalando el uno á los empleos, el otro al corazón de la reina?

Y con todo eso, los magnates al principio tan resentidos, los cortesanos que tanto le aborrecían, los ociosos que tanto murmuraban, los poetas que tantas sátiras escribían, el pueblo laborioso que tanto se lamentaba, cuando observaron que el Duende era el dispensador de las mercedes, y el distribuidor de los títulos, el repartidor de los empleos y dignidades, todos iban quemando incienso en las aras del nuevo idolo, todos se iban agrupando en torno suyo, los unos por alcanzar pingües sueldos, los otros en busca del luero de las magníficas obras que emprendía, los menos interesados porque les gustaba asistir de balde á los teatros, donde daba entrada gratis cuando se representaban comedias suyas. Así trascendía la degradación, de los monarcas á los validos, de los validos á los magnates, de los magnates al pueblo. Y solo cuando veían que no habia puestos elevados ni empleos lucrativos para todos, volvían los desairados, que eran muchos, á conspirar contra el favorito, á poner otra vez los ojos en don Juan de Austria; á traerle de nuevo á Madrid, á introducirle en palacio, á proponerle al rey el día que entraba en su mayor edad para su primer ministro.

Pero toda aquella trama, que parecia tocar á su término, se deshace como el humo al débil soplo de una mujer. La reina habla á su hijo. Don Juan recibe orden de volverse á Aragon. Sus parciales se reunen y murmuran, pero no obran. Al siguiente día, el general de los ejércitos de Nápoles, de los Países Bajos, de Cataluña y de Portugal, el que habia rehusado el gobierno de Flandes y el vireinato de Sicilia por no salir de España, el destinado por el horóscopo para grandes cosas, el aclamado en Cataluña, en Aragon y en Madrid, el querido del pueblo, el protegido de la nobleza, el presunto regenerador de España, emprende otra vez el camino de Zaragoza, mustio, pero no resignado, abochornado, pero sin renunciar á sus proyectos, lleno de pesadumbre, pero devorado de la misma ambición.

Alimentada esta por aquel pueblo generoso, amparo casi siempre de los perseguidos por los monarcas, y ahora justamente indignado contra la reina y el valido; confederados despues los magnates de la corte, y hasta las señoras de la